
Benasur
de Judea

Alejandro
Núñez Alonso

*El hombre
de Damasco*

Como en la primera entrega de la serie, *El lazo de púrpura*, cada capítulo de esta novela es una revelación de la vida, los hábitos y las instituciones del Imperio Romano. Escritos con certera eficacia narrativa, recrean la época y el entorno con tal exactitud que dejan una impresión imborrable en el lector. En *El hombre de Damasco* nuevos personajes vienen a extender el marco en que se mueve Benasur de Judea, poderoso navarca judío aliado de Roma y protagonista de esta serie, quien ha transformado en objetivo vital su deseo más íntimo: destruir el Imperio Romano. Los nuevos personajes como Pablo de Tarso (el Hombre de Damasco), Artabán III, Calígula, Séneca, etc., trazados con mano maestra, enriquecen y completan el cuadro histórico, dando una asombrosa e inquietante verosimilitud a la acción de la novela. La coronación en Garama, la fiesta libertina de la apertura del mar, la despedida de Festo en el anfiteatro de Pompeya, la catástrofe de Alejandría, la conversión de Saulo, la corte de Artabán, los juegos olímpicos, las primeras comunidades cristianas, etc., amplían de un modo insospechado, siempre revelador, el escenario geográfico y humano en que surgen los primeros brotes del Cristianismo, e inician su azaroso desarrollo en el ámbito del mundo romano.

EL HOMBRE DE DAMASCO

Alejandro Núñez Alonso

LIBRO I

EL DESFILE DEL CONQUISTADOR

Toda la población de Garama se había echado a la calle. De los distintos rumbos de la ciudad, la gente confluía en la vía Namón, por donde pasaría, en desfile triunfal, el ejército de Atulkalí. Regresaba de la conquista de los pueblos alhumas, los que se asientan en las tierras blancas de Getulia. Con este desfile se iniciaban las fiestas de la coronación de Benalí Kamar, aún en el seno de su madre, la princesa Zintia.

Año y medio duró la expedición de Atulkalí. El guerrero turengo no había necesitado tanto tiempo para anexionar los pueblos alhumas a Garama. Pero, entusiasmado por los éxitos, atravesó el desierto y se adentró en las tribus de la Etiopía meridional, que hizo vasallas también de Garama.

Los correos llegaron a la capital propagando las proezas de Atulkalí, pero cuando éste anunció su regreso victorioso, le salió al paso Sidofanela, con un ejército mayor que el suyo, para *anticiparse* a darle los parabienes de Rumiban, que gobernaba el país como Regente.

Rumiban, buen militar, era incapaz de pensar con tanto alcance. Mas para pensar de tal modo estaba a su lado Benasur. Los rumores que corrían por Garama describiendo el encuentro de los dos jefes, no dejaban de ser picarescos:

«—He salido a tu encuentro, Atulkalí, para expresarte los parabienes de la Regencia de Garama.

»—¿Cuántos hombres traes?

»—Veinte mil, incluyendo la Legión Garamantis».

Atulkalí comprendió:

Después de la conquista de las tribus etíopes habían llegado rumores a Garama de que el militar pensaba entrar en la capital e imponer, como héroe, ciertas condiciones. Nunca llegaron a especificarse cuáles eran las aspiraciones del guerrero; pero Benasur intuyó enseguida que cualesquiera que fuesen, estaban en peligrosa oposición con sus pretensiones de subir al trono de Garama a un Benasur.

Atulkalí había salido a la guerra desde Faleza con un ejército de quince mil hombres, de los cuales seis mil hubo de dejar en calidad de guarniciones en las tierras conquistadas. En cuanto se vio cortado por Sidofanela, se resignó a renunciar a sus secretas ambiciones. Él no podía enfrentarse con nueve mil hombres al ejército de Sidofanela. Por otra parte, tuvo ocasión de enterarse de que Rumiban, siempre inspirado por Benasur, había aumentado considerablemente las guarniciones del reino. Por eso, después de cambiar unas palabras con su compañero de armas, se dio cuenta de que Sidofanela no tenía en la cabeza ninguna idea extravagante y ambiciosa que le incitara a una asociación de armas.

»—Puedes sentirte satisfecho de tu triunfo, Atulkalí, y orgulloso de pertenecer, tú, un guerrillero turengo, al ejército de Garama, que cuenta con sesenta mil hombres perfectamente equipados. El alto Rumiban te impondrá el collar de Istamar...

Luego supo Atulkalí que debían acampar y esperar instrucciones sobre cuándo habrían de regresar a la capital.

Fueron tres meses los que aguardaron en el desierto. Sidofanela hizo inventario de todo cuanto traía de botín el ejército conquistador. Atulkalí no tardó en percatarse que

regresaba a Garama igual que había salido. Sin embargo, no se amargó. Le halagaba la perspectiva de los honores y de los agasajos. Le consolaba también el cuantioso botín.

Todo esto se decía entre los garamantas que estaban al tanto de las hablillas de palacio. Mas Rumiban, que si cortó las alas incipientes al conquistador no quiso regatearle ninguna gloria, hizo propagar la importancia de los triunfos de Atulkalí que, en definitiva, eran triunfos de su Regencia. La campaña que se hizo exaltando el sentimiento patriótico, logró que todo el pueblo se identificase con la gesta del guerrero.

Entonces tuvo un claro, casi profético significado el poema del príncipe Shubalam, el desventurado hijo de Tarcfarinas:

¡Oh tú, Garama, que volverás la cara a un mundo ignoto ilímite regazo para tu ambición y tu gloria, cuando las armas de tus esforzados hijos acuchillen la molicie de la paz que enmohece!

Versos tácitamente proscritos y que tuvieron escasa difusión durante la dictadura del pacifista Kaivan.

Se precisó la hora de entrada en la ciudad. Y en vez de hacerlo por la puerta sur, que es la que correspondía, se hizo para mayor espectacularidad por la norte, a la caída del sol. Si Atulkalí había demostrado ser aguerrido y hábil para la conquista, Sidofanela no le fue a la zaga en la ejecución matemática de la marcha a través del desierto. En el momento en que los rayos oblicuos del sol se estrellaaban contra los ladrillos vidriados del techo del templo de Kamar, la vanguardia de la tropa entraba en la ciudad.

El desfile del triunfo sería un hermoso espectáculo para los garamantas. Jamás habrían visto un ejército tan disciplinado, tan ricamente equipado. El paso de los armenes con las ballestas, los doscientos carros de guerra, las tropas montadas y a pie superaban en número y variedad

al desfile que años antes se había efectuado en Faleza, cuando Rumiban –insignificante jefe de guarnición ascendido a general– salió a darle alcance al usurpador Salmodé. La guerra movida por Benasur se había hecho en defensa de los principios realistas, dinásticos. Todo el pueblo de Garama hacía sarcásticos comentarios sobre cómo se habían esfumado aquellos principios. Rumiban no titubeó en repudiar al niño Abumonalkamarzurfali al poco tiempo de haberlo reconocido como sucesor al trono. La familia real había desaparecido en la noche de la luna en Orión, y la clase cortesana, muy renovada durante la dictadura del luminoso Kaivan, no tenía arraigo en el pueblo. Por tanto se mantuvo indiferente, pasiva, ante el sesgo de los acontecimientos.

Lo importante para la población de Garama era que el país había entrado en una época de prosperidad.

Alguien entre la masa de gente que se amontonaba frente a la explanada de palacio, se disponía a contemplar el desfile con curiosidad infantil. De haberlo querido, estaría en alguno de los balcones de palacio. Pero Mino Jacobón, banquero de Garama, prefería que los cortesanos lo visitaran en su casa de la plaza Bengusta. Lo que ignoraba Jacobón era que él había intervenido de un modo decisivo para que se desencadenara una serie de sucesos dramáticos, de los cuales éste del desfile triunfal de Atulkalí era consecuente derivación.

Al paso de las primeras tropas, los vítores se alzaron como uno solo, enorme clamor. En aquel momento se iluminaron como por encanto todas las terrazas de palacio. Centenares de criados sostenían hachones. El movimiento de la gente se hizo más impetuoso y Mino Jacobón, empujado, vino a dar junto a un extranjero.

–¿A quién vitorean? –preguntó al judío.

–Supongo que a la tropa.

–¿Qué ha hecho?

–Bien se ve que eres extranjero. Mas para llegar a Garama has tenido que tragar mucha arena del desierto, ¿no es así? Pues cuando salgas de la ciudad, tragarás mucha más: Atulkalí ha conquistado para gloria de Garama y miseria nuestra muchísima más arena de la que tenía antes. Estos garamantas no tienen salvación.

Hablaban en árabe, no fácilmente comprensible para las gentes que los rodeaban.

–Se ve por lo que dices que tú también eres extranjero –dijo el extraño.

–Soy judío.

–Lo sé. No hay más que verte la cara.

–¿Te molestarás si descubro tu nacionalidad? ¡Tú eres medo! –dijo en tono triunfal Mino Jacobón.

–La erraste, hermano. Soy parto –le aclaró el otro.

–¡Oh! –reprochó, divertido, Jacobón–. ¿No asegura el dicho que «medos y partos para nadie gratos»?

El extranjero rió. Después preguntó:

–Dime: ¿quién es el que está en el balcón principal saludando?

–¡Quién va a ser! Rumiban, el regente del reino. Lo acompañan sus consejeros... Mira, ese militar que pasa ahora es Sidofanela, el comandante de la Legión Garamantis... Y si te fijas en el balcón de la derecha de palacio verás a aquel caballero... Es el legado honorario de la misma Legión y propietario de la espada de Garamantis...

En el balcón de honor el parto vio también a su señor el embajador de Artabán III, que presenciaba el desfile.

–¿Qué significa esa espada? –preguntó a Jacobón.

–Según la tradición, quien posee la espada de Garamantis posee el cetro de Garama.

–Entonces es el rey...

–Él no. Pasado mañana coronarán a su hijo, que todavía no ha nacido. ¿Tú lo entiendes? Pues yo tampoco.

Pasaban los carros de guerra, los que se construían en Bética. Un nuevo movimiento de la gente desalojó entre

apreturas a los dos espectadores.

–Vámonos a un lugar menos molesto –propuso el parto–. ¿Hay algún sitio donde podamos tomar un vaso de vino?

–Del mejor, si tú lo pagas –repuso Jacobón.

El parto rió. Como pudieron, a codazos, salieron de entre la muchedumbre. Se introdujeron por una de las calles adyacentes a la explanada. El parto continuó con el tema. Al parecer le interesaba, pero no daba muchas muestras de ello, pues sabía insistir fingiendo indiferencia.

–Tiene aspecto de judío, como tú.

–Sólo que él es un señor... Yo soy un mísero israelita.

–¿Y cómo siendo judío pretende ser rey de Garama?

Jacobón pensó que el extranjero preguntaba mucho. Y optó por encogerse de hombros. Sonrió de un modo incierto. En todo caso, mientras el parto no abriese la bolsa, no tenía por qué darle tantos informes. Después que catare el vino, vería si tenía humor para responderle.

En silencio caminaron hacia la posada más próxima. Estaba vacía. Sólo una moza, a la puerta, vigilaba el establecimiento entretenida en ver pasar a la gente, oyendo los clamores que provocaba el desfile. No ocultó un gesto de extrañeza al ver a los dos individuos dirigirse hacia el mostrador.

–Sírvenos del mejor vino, que este amigo es extranjero y quiere celebrar la nueva adquisición de arena que ha hecho Atulkalí.

La ironía no agradó a la muchacha. Sus ojos brillaron con una lucecilla de desprecio, quizá de odio. Jacobón lo notó y trató de corregirse:

–No es pequeña tajada la que ha traído Atulkalí.

–¡Los pueblos alhumas, señor! –exclamó la moza–. Los pueblos que tienen más oro que el resto del mundo. –Y enseguida, sin transición–: ¿Con agua?

–No, el buen vino se bebe solo... –opinó Jacobón.

Y la moza recalcó la ofensa:

–Como tenéis aspecto de romanos...

El judío rió. Quiso congraciarse con la joven, pero ésta no cambió el gesto agrio ni la mirada dura. Tomaron el primer trago. El parto lo paladeó, tal como si analizara al sabor su calidad. Después preguntó con aire de concededor:

–¿De Naxos?

Antes que respondiera Jacobón, la moza saltó:

–¡De Cydamos! No hay en el mundo un vino igual.

El parto asintió con un movimiento de cabeza. Y enseguida, dirigiéndose a Jacobón:

–Bien. Dime quién es él... –y como el banquero pusiera cara de sorprendido, aclaró–: Sí, el caballero del balcón, el de la espada de Garamantis.

–¿Tú has oído el nombre de Benemir? ¿No? Lo siento. Así se le conoce aquí y en la Numidia. ¿Y el de Sabasjamir? Con tal nombre camina por la Mauritania. Ha de tener más nombres, como caras tiene el desierto sin dejar de ser el mismo. ¿Has oído, acaso, hablar de Benasur?

El parto supo disimular una ligera sorpresa. Y casi imperceptiblemente dejó escapar de sus labios:

–Benasur, Benasur... ¿El que rindió al pirata Skamín?

–¡El mismo! Yo tengo la sospecha que ese Benemir que está en palacio es el mismísimo Benasur.

Hasta entonces no se dio cuenta Mino Jacobón de que el parto podría ser persona principal. Aunque el vestido era el vulgar atavío del viajero árabe y ningún signo exterior –fuera de la pulcritud– denunciaba su clase social, descubrían su alta calidad los ademanes, la expresión, las mismas palabras, todo ello entre indolente y medida. Detrás de cada pregunta que hacía, podía adivinarse una escondida intención.

El parto murmuró:

–Benasur, Benasur... Me parece recordar que es navarca, ¿verdad?

–No eres nada lerdo en tus recuerdos. No me negarás que estás ansioso de que te refresque la memoria. Mas

para eso tendría que hablar mucho. Y yo, sábelo de una vez, si es que no lo has sospechado, soy un modesto banquero que vive del dinero que cambia a los extranjeros... ¿Aceptas mis servicios? Mi nombre es Mino Jacobón... ¿Y el tuyo?

La insinuación del judío no tuvo respuesta en la mirada impasible del parto. Éste se llevó el vaso a los labios, y tras un sorbo dijo:

–Yo cambiaré mi oro contigo, pero no veo la necesidad de decirte mi nombre. Mis monedas traen el nombre de Artabán, rey de Partia. Es suficiente. ¿No lo crees así?

Jacobón asintió con un gesto. Después, como si no hiciera caso de la severidad del parto, especuló:

–Por cada artabán te daré treinta namones de plata, que se cotizan a un sestercio más que el denario romano. ¿Es buena mi oferta?

–Lo ignoro –contestó el parto–. Pero no discutiré si me das más informes sobre Benasur. Soy buen cliente... Quiero cambiar, por ahora, cien artabanes...

–¿Qué te interesa saber de Benasur? Sospecho, como te dije, que es el Benemir que viste en el balcón de palacio. Que está casado con una princesa alhuma, cuyas tierras han sido conquistadas por Atulkalí. Que nombrada anteriormente princesa de Cydamos, hoy es de hecho y de derecho ciudadana garamanta. Que las intenciones de Rumiban son coronar dentro de unos días al hijo que Zintia lleva en su vientre.

–Y eso –repuso calmadamente el parto– ¿qué tiene que ver con Benasur?

–Tiene que ver que el hombre que rinde a Skamín es el que gobierna a este país; que es dueño de las minas de Faleza, tan productivas o más que las de Coptos; que tiene dominio sobre más de setecientas naves, que es el árbitro del mercado de Oriente...

El parto se sonrió de modo tan singular, que Mino Jacobón no supo descubrir la causa. Ni aun cuando el ex-

tranjero comentó quedamente:

–Arbitro del mercado de Oriente...

–¿Lo dudas?

–¿Este Benasur es el mismo que dicen amigo de Tiberio?

–El mismo.

El parto rió. Cerraba los ojos al reírse, y la misma risa parecía salirle en un hervor caliente y perezoso de la garganta. Después, poniéndose serio y fijando la vista en el vaso, escupió unas palabras:

–¡Pobre Skamín!

–¿Era amigo tuyo?

–Cualquier enemigo de Roma es amigo de los partos... –Y seguidamente preguntó–: ¿Has tenido negocios con Benasur?

–Con Benasur, ninguno; con Benemir, desde la guerra de Tacfarinas. Benemir lo financiaba...

–Esto explicaría por qué sucumbieron Tacfarinas, Skamín...

–Sí, y también por qué cayó el muy alto Abumón.

El banquero iba a reír del retruécano que le había salido, pero en ese momento se dio cuenta de la coincidencia. Nunca había pensado en ello. En cuanto aparecía Benemir, surgía la víctima: Tacfarinas, Skamín, Abumón... ¿Quién sería el cuarto?

Y como si el parto hubiera seguido su pensamiento, dijo:

–Hay un cuarto del que tú habrás oído hablar.

–¿Un cuarto? No, no caigo...

–Sería interesante saber si Benemir hace algunos años estaba en Jerusalén, cuando los romanos crucificaron a un nazareno que se hacía llamar rey de los judíos...

Jacobón no tenía noticia del asunto y no comprendió. El parto pagó, y se alejaron de la posada. Desde la calle vieron la profusión de antorchas que iluminaban el palacio, la explanada. El desfile continuaba.

–¿Cuándo quieres cambiar tu oro? –preguntó Jacobón.

–Mañana.

–Ve cuando quieras. Tengo abierta la casa desde que amanece. Está en la plaza Bengusta.

–Tendrás que venir tú a verme.

–¿En dónde paras?

–En el *Albergue Yugurta*.

El extranjero, desde el balcón de su cuarto del *Albergue Yugurta*, aún tuvo oportunidad de ver una buena parte del desfile. Quizá la más interesante para él, hombre habituado a las actividades de espionaje. Se trataba de la cola del ejército, la compuesta por los rehenes, por los prisioneros, por los carros del botín.

El ejército no le impresionó mucho. Únicamente llamaron su atención los carros de guerra, con aquellas llantas tan anchas en las ruedas, con la lanza en forma de tridente. En ninguna parte los había visto iguales. Sin duda alguna serían artefactos muy eficaces para la guerra en la estepa, y pensó que prestarían valiosos servicios en el ejército de Partía. Tendría que ingeniárselas para encontrar el modo de examinarlos de cerca, a fin de grabar en su memoria los detalles más sobresalientes de la construcción. Principalmente las ruedas. Eran mucho más modernos que los carros romanos que había visto.

Pero, fuera de los carros, el ejército de Garama le pareció una servil imitación de las legiones del César. Hasta los manípulos con el haz de juncos remedaban las fascas romanas, y los aquilíferos habían substituido el águila imperial con un cuervo que llevaba en el pico una diminuta espada. Los uniformes no eran lo más apropiado para las grandes marchas por el desierto. Tampoco los oficiales y jefes iban ataviados con el lujo de los partos.

Un clamor imponente se levantó de la muchedumbre. Y mil voces gritaron al unísono: «¡Atulkalí, Atulkalí, Atulkalí!». En aquel grito había pasión y arrebató, demencia co-

lectiva. Vocerío que en su resonancia parecía una sarcástica burla a la política pacifista sostenida con tanto ahínco por el rey Abumón y su primer ministro, Kaivan, hacía sólo cinco años.

El parto vio pasar a Atulkalí a la cabeza de sus tropas. El guerrero tenía un aspecto tétrico, pues, contagiado por los usos de los etíopes, se cubría la cabeza con un casco dorado que imitaba un extraño cráneo erizado de colmillos de chacal. El manto que caía de sus hombros hasta ocultar las ancas del dromedario, iba hecho jirones, trizas. Apenas si sobre el damasco podían apreciarse las huellas de un bordado que originalmente debió de ser rico en hilos de oro y en perlas. Quizás Atulkalí tratara de conmovier con atuendo tan realista al pueblo de Garama, aludiendo con sus jirones a los encarnizados combates en que hubo de tomar parte.

Iba delante de sus tropas, precedido de dos aquilíferos y seis timbaleros; detrás seguían dos decuriones turengos, cada uno llevando de una cadena un león. Y lo encuadraba una decuria de infantes que exhibían en el apículo de sus lanzas cabezas humanas. Una de ellas, que llevaba colgado de la nariz un grueso anillo de bronce, provocaba la risa de la gente.

Para la mentalidad del parto aquello venía a ser algo así como la barbarie organizada, ya que él no podía dejar de asociar la crueldad con el refinamiento, el triunfo con el esplendor. Y el desfile de Atulkalí era de un realismo repelente. Veía en todos los signos demasiado explícitos la violencia y el esfuerzo. Ningún general parto, victorioso o derrotado, se hubiera atrevido a presentarse al rey Artabán sino bien pulcro y acicalado, con sus más lujosas vestimentas, con sus arreos más brillantes. El parto pensaba en la terrible civilización que sería aquella que implantara las fórmulas de vida que imponían la dureza y sobriedad del desierto.

Mas el parto, que sólo era capaz de valorar los hechos por sus formas externas, encontró un pequeño interés en la caravana que constituía el botín de la conquista.

Comenzaron a pasar elefantes que arrastraban las cadenas a las que iban prendidos los prisioneros, agarrotados con unos grilletes al cuello. No todos habían podido resistir el rigor de las marchas, y en algunos eslabones de la cadena se veían los grilletes colgando, ensangrentados. Era fácil presumir que el prisionero que cayera tendido en la marcha había sido separado del grillete seccionándole la cabeza de un tajo de espada.

El desfile de prisioneros se hizo monótono. Eran más de veinte elefantes y cada uno de ellos arrastraba la cadena de trescientos individuos, lo mismo mujeres que hombres, niños que adultos. Predominaban los sujetos de raza negra. Un tocado especial, tal o cual aderezo o pintura con que aquellos seres enmascaraban el rostro, llegaba a despertar la risa de los garamantas. Pero aun en este aspecto cómico el espectáculo resultaba aburrido. Muchas gentes se entretuvieron en contar el número de prisioneros que arrastraba cada elefante, haciendo cuentas de las ganancias de Atulkalí, ya que los prisioneros eran botín exclusivo e indisputable del conquistador. Pasaron más de veinte paquidermos y los traficantes de esclavos no vieron con buenos ojos la abundante afluencia de mercancía, que, lanzada codiciosa e imprudentemente en el mercado de esclavos, habría de provocar una baja ruinosa en su precio.

Esto pensaban los traficantes poco previsores. Aquellos otros que habían sabido obtener informes oportunos del botín de Atulkalí, se movieron presurosos para deshacerse de sus reservas antes de que viniera la baja. De modo semejante habían operado los mercaderes de marfil y de otros productos etíopes.

Los garamantas tuvieron ocasión de ver a lo vivo cómo se desarrollaba el traslado de los prisioneros a través del